

## JAIME

**E**se que está en la foto de curso soy yo. Es una foto antigua, pero soy yo cuando tenía doce. Es decir, fui. Soy el gordito abajo a la derecha que se ha puesto en pose de foto de equipo de fútbol, a pesar de ser un desastre en la cancha. Soy gordo, lo era en la época de la foto y lo sé y no me importa. Me dicen el guatón Cárcamo y nadie me llama por mi nombre, Jaime, porque cuando se tiene esa edad eres lo que pareces más que quien realmente eres. Es como si uno se ganara el nombre propio a fuerza de logros, puñetes, triunfos y derrotas.

El guatón Cárcamo está en esa foto y pronto dejará de serlo. Me vendrá la hepatitis de ese verano, que estropeó las vacaciones a toda la familia y despertaré en marzo más alto y más flaco. «¿Qué te pasó, guatón Cárcamo?». Yo ya no era el guatón Cárcamo. No era guatón, no tenía ni un gramo de grasa y medía como una cabeza sobre el resto de mis compañeros. Pero lo de guatón Cárcamo no se acaba de un día para otro porque en un rincón de la mente sigues siendo el gordito chistoso del curso. Además, de pronto, tus compa-

ñeras se transforman y les cambia el cuerpo y te pasan cosas con ellas. Y tienes espinillas y la mamá te pone frenillos que paga con mala cara mi papá y no sé bien quién soy. Cuando me dicen Jaime ni siquiera sé si me están hablando a mí.

## CLAUDIA

Esa de la foto soy yo. Tengo dos colitas en la imagen. Salgo bien nerd. Era bien nerd. Las bacanes del curso no me tomaban en serio y ese verano me molestaban con que me gustaba el guatón Cárcamo. ¿Cómo me iba a gustar el guatón Cárcamo? Están locas. Y me sacaban pica y el guatón ni se daba cuenta de lo que estaba pasando y yo lo pasaba pésimo y le pedí a mi mamá que hablara con mi papá para que me cambiaran de colegio. Lo pasaba pésimo. Lo paso pésimo todavía. Pero en ese momento, el de la foto, aún no sé que voy a dejar de pasarlo pésimo a fines del año siguiente. Que ese verano me voy a enamorar como loca y mi cuerpo va a cambiar y me va a llegar la regla, así como si fuera una ráfaga de viento o un hada madrina que se acordara de mí y me pusiera bonita como es mi mamá y dejara de escuchar burlas con el mal de la lagartija («Qué buena la madre, qué fea la hija»), y que me voy a enamorar de Esteban, que surfeaba y era total y mino y guapo y salvaje y nos besamos en una disco y después no me dio bola y quise morirme por un lado, pero por otro encontraba increíble que él se hubiera fijado en mí, aunque después me

negara como negó Pedro a Cristo, así me negó, tres veces, y cuando me tocó me vino un nervio y una vergüenza y una corriente por todo el cuerpo y nunca le contaría esto a nadie, nunca, pero igual se lo conté a la Marta que es mi mejor amiga y era —y es— medio nerd como yo era —y soy todavía un poco—, y todavía no sé que va a quedar el desastre con ella y el ex guatón Cárcamo y Daniel (que era el cabeza de músculo y el mejor amigo, era, ya no es, se puso raro); y la Isabel y el Julio que entrarán al colegio ese año en el que todos estábamos como raros, como si nos hubieran soltado en la selva, como si el aire estuviera lleno de efluvios hormonales y ya no funcionaban los chistes de antes, las burlas ni las tallas ni se sabía quién era bacán y quién era nerd y quién tenía que burlarse de quién, y me pasó con el guatón Cárcamo que lo miré y creí que era un alumno nuevo y lo saludé y le pregunté de qué colegio venía y me dijo «pero si soy el guatón Cárcamo», y no supe qué decirle, si no era el guatón Cárcamo —o lo era pero no lo era— y me dio por decirle «¡ah, Jaime!», y puso cara de no entender nada y yo tampoco entendía cuando bajó la mirada hacia mi escote y me acordé de Esteban en la playa (yo sé que es amor de verano, me lo dijo la Marta, y eso se olvida y te olvidan), y no sé todavía que el Esteban me lo voy a encontrar en una disco y va a pasar lo que tiene que pasar otra vez y creo que el mundo está girando alrededor mío a una velocidad increíble y la de la foto no seré nunca más, nunca más y eso también es raro, dejar de ser, convertirte en otra, la Claudia medio bacán, la Claudia qué linda que estás —como me dice el novio de mamá, que no se casa nunca con ella— y tam-

bién mi papá, que es lo más despistado que hay y una vez levantó la vista de su mesa de arquitecto y me dijo «¡Claudia, estás hecha una mujer!», y yo pensé que para variar no se daba cuenta de nada pero igual lo quiero. A mi papá, digo.